

## TRIBUNA

Adela Muñoz Páez

Profesora del Departamento de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla



**Parece inconcebible, pero muchas mujeres se siguen planteando hoy día la elección entre una carrera profesional y una familia, entre un trabajo y un hijo deseado**

## Una hija de once años

**L**AS mujeres jóvenes de toda época y lugar se han sometido a variopintos tratamientos para modificar su aspecto persiguiendo un ideal de belleza. Uno de los más dolorosos ha sido la deformación de los pies a que eran sometidas las mujeres chinas. Cuando mi hija se enteró de esta bárbara costumbre me preguntó qué habría hecho yo si hubiera tenido que tomar una decisión respecto a ella en una situación parecida, ¿lo habría consentido o me habría negado? Al no encontrar una respuesta razonable le dije que, afortunadamente, vivíamos en una sociedad donde una madre no tenía que tomar decisiones de ese tipo. Pero aunque la deformación de los pies de las chinas es cosa del pasado, sigue habiendo otras sociedades donde se agrede de forma sistemática a las niñas. Una de las agresiones más extendidas y traumáticas es la mutilación genital del África subsahariana, que no sólo deja terribles secuelas sino que pone en peligro las vidas de las niñas, como se acaba de poner de manifiesto a principios de agosto con la muerte de la niña egipcia tras una operación de ablación de clitoris. A pesar de todo, más de dos millones de niñas siguen siendo sometidas a algún tipo de amputación genital cada año. No se me ocurre una solución inmediata y poco importa, porque son las mismas mujeres que la han sufrido las que tienen que convencerse de lo absurdo de la tradición y hacer que desaparezca. Ya hay tímidos intentos de mujeres africanas que en su día fueron mutiladas para cambiar la situación. Por ejemplo, algunas más informadas están enseñando a otras que lo que les habían presentado como sagrada costumbre musulmana apenas se practica en países como Arabia Saudita, cuna de la Meca. Por otra parte, los países occidentales no pueden mirar para otro lado invocando la multiculturalidad y deben perseguir implacablemente la salvajada cuando se haga dentro de sus fronteras. El derecho a la vida y a



RAMOS CARAVACA

la salud de las niñas no puede sacrificarse en aras de la paz social en las comunidades de inmigrantes.

Mi hija tiene ahora once años y está educándose en la Europa del siglo XXI, el mejor escenario que ha habido nunca para el desarrollo de los derechos de las mujeres. No es sólo que la cobertura legal sea muy buena, es que la sociedad en general, y por supuesto la gran mayoría de los hombres, cree en la igualdad de género, aunque es obvio que hay sangrantes excepciones a ese comportamiento mayoritario. ¿Terminamos la carrera de la igualdad y hemos llegado a la meta con todos los honores? Parece que no. Recientemente una científica australiana, con méritos más que suficientes para obtener un puesto en una universidad europea, fue descartada sin tener opción siquiera a hacer una entrevista. El motivo: tener una hija de once años con el agravante de no indicar si estaba casada. El sitio: una de las universidades de más tradición en Europa, la de Oxford. Podríamos pensar que los in-

gleses siguen siendo tan estirados y convencionales como siempre. De hecho lo son; por ejemplo, hasta finales de los años veinte los profesores de Oxford tenían que ser célibes –aún hoy a los de Cambridge no se les permite vivir oficialmente en pareja en los *colleges* con más solera– y el porcentaje de mujeres contratadas en los departamentos de Ciencias de Oxford no llega al 10 por ciento.

En la Universidad española la situación es bien distinta en lo que a contratación de mujeres se refiere, pero no ocurre lo mismo en el resto de la sociedad. No sólo muchas empresas privadas eluden descaradamente contratar mujeres o las echan cuando se quedan embarazadas, también hay empresas públicas en las cuales las empleadas se ven obligadas a ocultar sus embarazos para conservar sus empleos. Esta situación afecta a mucha gente y se da la paradójica situación de que un embarazo de una mujer trabajadora puede ser hoy día algo tan vergonzante como lo era hace no tanto tener un hijo fuera del matrimonio. Y es que hay sobrados motivos para ocultarlo, pues una de cada cuatro mujeres pierde su empleo al quedarse embarazada y un tercio de las universitarias piensa que ser madre puede arruinar su futuro. Parece inconcebible, pero muchas mujeres se siguen planteando hoy día la elección entre una carrera profesional y una familia. A veces sencillamente entre un trabajo, que puede ser incluso miserable, y un hijo deseado en una familia estable.

¿Cuántas niñas que hoy podrían tener once años han dejado de nacer por esa absurda disyuntiva? ¿Cuántas tendrán que dejar de nacer todavía antes de que nuestra desarrollada sociedad reaccione? La distancia entre las niñas subsaharianas y las europeas es astronómica, pero éstas últimas han de nacer para llegar a la meta.

## LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón



## Movilizaciones equivocadas

**N**O entiendo por qué los padres andaluces no se movilizan contra la programación mediática, social y económica que está haciendo cada día más acrílicos por más incultos, y más incultos por peor educados en las familias y los colegios, a nuestros jóvenes.

No entiendo por qué los padres andaluces no se movilizan contra la inducción que condena a nuestros hijos a ser esclavos de la moda y del consumo de marcas –coches, motos, ropa o zapatillas deportivas– y a practicar el “tanto tienes, tanto vales”.

No entiendo por qué los padres andaluces –religiosos, ateos o agnósticos– no se movilizan contra las cotidianas agresiones de la cultura basura a las creencias y las ideas, la reflexión y el silencio, la creatividad y la belleza, que han hecho de las generaciones que han tenido mayores oportunidades educativas en la historia de nuestro país, las más refractarias a la excelencia, a lo más transformador, emocionante y bello que el ser humano ha pensado o creado a lo largo de la historia.

No entiendo por qué los padres andaluces no se movilizan contra la reducción de toda realidad a mercado, y del ser humano a consumidor, que hace de sus hijos esos seres unidimensionales, hombres sin atributos u *homo videns* –regresión del *homo sapiens*– sobre los que han escrito Marcuse, Musil o Sartori.

### No entiendo por qué, habiendo

### tantas razones para movilizarse,

### haya padres que lo hagan

### contra la asignatura de

### Educación para la Ciudadanía

No entiendo por qué los padres andaluces no se movilizan contra la importación/imposición de los peores hábitos americanos (no de sus mejores tradiciones, sino de sus peores realidades) que han erradicado el hedonismo propio de nuestra tradición latina y nuestra cultura mediterránea.

No entiendo por qué los padres andaluces no se movilizan contra el déficit ético que, como ha escrito el sociólogo Bauman, “busca la gratificación inmediata evitando las consecuencias, y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar”, construyendo una sociedad sin “memoria del pasado ni confianza en el futuro”, “una cultura indiferente a la eternidad, que rechaza lo durable” y “una moralidad indiferente a las consecuencias de las acciones humanas, que rechaza la responsabilidad por los efectos que esas acciones pueden ejercer sobre otros”.

No entiendo por qué, habiendo tantas razones para movilizarse, hay padres andaluces que lo hacen contra la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Discutible en algunos puntos concretos de algunos concretos manuales, tal vez equivocada al no haberse limitado a ser una introducción a la Constitución española, se trata de un intento hoy más necesario que nunca para iniciar en una ética pública consensuada y asumible por todos.

**A** Cataluña, desde que se fue Pujol, le crecen los enanos. Lo del *Estatut*, “borriquito como tú, yo soy más que tú”, etc., no mereció la pena, reconoce el ex *molt honorable* Maragall. Luego han venido Montilla, los atascos, los atrasos y los apagones. El aeropuerto de Barcelona. Las casetas cedidas a los pro-etarras en las fiestas de (maldita la) Gracia. El tiburón por las playas de Tarragona. Y Magdalena Álvarez.

A la ministra de Fomento que le exijan la dimisión la trae al paio. Ella está convencida de que la culpa de todo la tiene, naturalmente, Aznar, excepto lo del tiburón y porque no muerde, que si fuese catalanófago, ya veríamos... Lo que a la ministra Álvarez le ha dolido de veras es que el diputado de Esquerra Republicana Joan Puig la haya llamado señorita andaluza. ¡Hala, lo que ha dicho! “Es casi lo peor que me puede decir”, ha declarado la ofendida.

A uno se le ocurren, como pueden ustedes imaginar, muchas cosas peores que una señorita andaluza. Yo he conocido a bastantes extraordinarias: finas, cultas, con sentido del humor, elegantes y muy trabajado-

## DE POCO UN TODO

Enrique García-Máiquez



## Una alegría para Álvarez

ras. Incluso me casé con una, de hecho. Pero no vine a hablar de mí, sino a darle una alegría al menos a la excelentísima ministra en estos días tan amargos de su Ferragosto. Y es que puedo asegurarle que, diga lo que diga Puig, salta a la vista que una señorita andaluza no lo es. Puede estar tranquila. Puestos en lo peor, sería en todo caso una señora y una andaluza, aunque sólo por culpa de su estado civil y de su partida de nacimiento. Nada más.

Por supuesto, no va con ella lo que cantaba un hermano que parece que tuvo don An-

tonio Machado: “De mi alta aristocracia, dudar jamás se pudo./ No se ganan, se heredan, elegancia y blasón.../ Pero el lema de casa, el mote del escudo,/ es una nube vaga que eclipsa un vano sol”. De ahí es posible que sólo le interese lo del eclipse, para el que contribuye con muchas ganas.

Como a Magdalena Álvarez no le cabía en la cabeza que un socio de ERC le imputase algo tan horrible, ofreció a Puig la salida de que él ignoraba el matiz peyorativo de la expresión. Replicó el hombre que lo conocía muy bien, porque tiene –confesó– ascendencia andaluza. El tema de la ascendencia andaluza de nuestros independentistas daría para un libro, aunque, por sus implicaciones freudianas, mejor que lo escriba un psiquiatra.

Yo prefiero centrarme en el peor de los pecados que una ministra socialista puede cometer, que es ser una señorita y para remate andaluza. La ministra Álvarez no lo ha cometido de ninguna manera. ¿Ven que fácil animarla un poco? Pues para eso estamos, ministra. Ea, a mandar.